

# La batalla de Munda

---

¡La batalla de Munda! Muchos artículos, libros enteros se han escrito acerca de este célebre combate, casi tantos como acerca de la lucha de Varo en la selva de Teutoburgo. Pero Munda merece este celo ya que fué el último y más peligroso hecho de armas de César. Con rápidas y brillantes victorias sobre su rival Pompeyo había alcanzado la supremacía; también la última lucha que emprendió contra los hijos de Pompeyo se había desarrollado según sus deseos. Pero la batalla de Munda, que aceptó el 17 de Marzo del 45 a. de J. C., en posición desventajosa para él, volvió a ponerlo todo sobre el tapete. El propio César tuvo que echar mano de la espada y del escudo para hacer avanzar de nuevo a los soldados que flaqueaban, como hizo una vez en la batalla contra los Nervios. Pero por fin consiguió arrancar a la Fortuna este último e importante éxito.

Poseemos de los sucesos anteriores a la batalla de Munda y de ella misma una relación exacta: el escrito «De bello Hispaniensi». Ha llegado hasta nosotros entre las demás obras de César; pero, como los libros acerca de las guerras africana y alejandrina, no es del gran Julio, que era también un maestro de la pluma, sino que delata, con su estilo miserable y con la manera subalterna de concebir las acciones guerreras, la pluma inexperta de un bravo oficial, que da noticia fielmente de lo que ha visto, pero que tiene escasa comprensión para las cosas principales. Pero por ello mismo este desgarrado diario es precioso por su objetividad y por la fidelidad en el relato, y se está tentado de compararlo con la *Anabasis* de Jenofonte, aunque ésta sea infinitamente superior en estilo.

El autor llama al teatro de la batalla «Campus Mundensis», lo que significa la llanura perteneciente a la ciudad, en la que se verificó el combate. Pero donde estaba Munda? Este es el gran problema que ha puesto tantas plumas en movimiento! La verdadera solución se encuentra, si no yerro, por primera vez, en Prospero Mérimée, quien hace desarrollar el principio de su «Carmen» en los alrededores de Montilla, y que con este motivo dice que Montilla es Munda. Esto sucedía hacia 1830. Luego (1865) el coronel Stoffel, por encargo de Napoleón III, investigó la guerra de España sobre el terreno.

confirmando que Montilla sea Munda. Stoffel tiene razón. Este es también el resultado de la investigación que en el propio lugar emprendimos, el general Dr. h. c. Lammerer y el autor, en la primavera de 1921.

Llegábamos de la Meseta castellana, en donde estudiando un campamento romano en las inmediaciones de Sigüenza, habíamos sufrido mucho con el violento viento norte, y ahora, al percibir el olor de los frutos en flor y el canto de los ruiseñores, sentíamos todo el encanto de la primavera andaluza.

La investigación comenzó en Córdoba, en donde don José de la Torre nos sirvió amablemente de guía, unas veces en el laberinto de las calles, otras fuera de la ciudad, ante las puertas.

César, marchando con gran celeridad, llegó a principios del año 45 al teatro español de la guerra, en donde sus legados se veían cada vez más acosados. Toda la provincia estaba al lado de los hijos de Pompeyo, que tenía grandes simpatías en España. Con César estaba tan sólo una ciudad, Ulia, hoy Montemayor, a 30 km. de Córdoba. Ulia se hallaba sitiada por Gneo Pompeyo. El objetivo militar de César no era solamente derrotar al contrario, sino matar o capturar a los hijos de Pompeyo, puesto que mientras uno de ellos gozase de libertad, no era posible para César tener un momento de descanso. Y esta finalidad la persiguió con la energía que le era peculiar.

Su primera acción fué tan sólo una intentona de libertar a Ulia. Mandó para ello a un indígena, Paciaecus—el nombre se ha conservado hasta hoy en Pacheco—, mientras él mismo atacaba a Córdoba. Este ataque no sólo tenía por fin atraer a los sitiadores de Ulia, sino que César esperaba también hacer irrupción en la misma ciudad, base principal del enemigo y capital de la provincia. La liberación de Ulia fué alcanzada; en cambio fracasó lo principal: la tentativa sobre Córdoba.

En Córdoba debíamos precisar el lugar del puente de César sobre el Betis. El puente debió hallarse en donde, unos 1.700 m. más abajo del puente actual, una vuelta del río ocultaba la construcción del puente y su paso. En cambio el puente, ya existente entonces, alrededor del cual se luchó más tarde, se hallaba como es natural junto a la ciudad, probablemente en el lugar del actual. La antigua Córdoba comprendía tan sólo el barrio N.O. de la ciudad moderna.

Después del fracaso del golpe de mano sobre Córdoba, el plan estratégico de César fué llevar los enemigos lo antes posible a la batalla decisiva, mientras que ellos, provistos de todo en abundancia, intentaban quebrantarlo alargando la guerra indefinidamente.

Para seguir la investigación trasladamos nuestro cuartel general a Espejo, la antigua Ucubis, que, situada en medio del teatro de la guerra, resultaba el lugar adecuado a nuestros trabajos. Se distingue a Espejo ya desde lejos, y situada en una alta loma, domina como una atalaya todos los alrededores, siendo ella misma visible desde todas partes.

Instalados en Espejo y hechos los preparativos para los trabajos del día siguiente visitamos al Alcalde don José Castro Torronteras, para quien el Gobernador nos había dado una recomendación, siendo recibidos con extraordinaria amabilidad, y habiéndonos ayudado con todos los medios que estaban a su alcance para que la expedición fuera del mayor provecho y se hiciera con toda comodidad. Durante nuestra conversación con don José Castro en el Casino de Espejo, noté en la cadena del reloj de un labrador monedas romanas, que me dijeron que procedían de un tesoro de unas 700 que se había encontrado en las inmediaciones y que fué vendido sin que se sepa el paradero ni se pudiese anotar el hallazgo. Solo quedaron 60 en Espejo, que amablemente fueron traídas para que pudiese estudiarlas. Las monedas son todas ellas denarios, que llegan al año 77-a. de J. C. lo más tarde, habiendo sido enterradas, por lo tanto, durante las guerras de Sertorio, cuando Metelo se retiraba hacia Córdoba y cuando se temía el ataque de los fieros Lusitanos.

A la mañana siguiente emprendimos la marcha, en la que nos acompañaron, además del Alcalde, el Maestro de Espejo. Alegrementemente rodaban las ruedas del coche a través de los caminos que cruzaban el verde paisaje. Allí todo está cultivado hasta las últimas cimas. Cuando hace años visité por primera vez la región, era otoño y las alturas parecían peladas y yermas como las de los alrededores de Numancia, de modo que me prometía encontrar restos de los campamentos romanos. Experimenté un rudo desengaño. Aquí la reja llega a todas partes; y no es la reja de tradición romana, como en Castilla, que solo desflora la superficie, sino la máquina moderna, que penetra profundamente arrollándolo todo, como pudimos observar muy pronto en ruinas visibles en distintos lugares próximos al camino, de las que no quedaban en pie mas que pequeños trozos de muro acá y allá, que habían resistido a la destrucción y entre los cuales aparecían tiestos, tejas y otros indicios de lugares de habitación romanos. Aquí se les llama «Villar». Probablemente entonces el país fué habitado mas densamente que ahora, en que sólo se encuentran de trecho en trecho los cortijos. Después de una hora de viaje el coche se detuvo junto al río Guadajoz, que saludamos como el «flumen Salsum», el «rio Salado» del Bellum Hispaniense, que jugó un papel muy importante en las operaciones. En este lugar se encuentran muchos cursos de agua salada al propio tiempo que pequeñas salinas. El valle del Guadajoz, todo verde, brillaba esplendorosamente y los ruiseñores entonaban un hermoso canto de primavera.

Seguimos a pie, atravesando el río, y ya al otro lado subimos a una loma, el «Cerro del Agua», en donde se hallaba el principal campamento de César durante el sitio de Ategua, hoy el cortijo de Teba. Después del desayuno comenzamos la visita de Ategua, acerca de cuya identidad con el cerro de Teba no puede dudarse, pues el nombre de Ategua perdura allí en distintos

lugares (Cortijo de Teba, Castillejo de Teba etc.) La palabra Castillejo denota restos de población antigua y en realidad todavía se ven las terrazas en las que se hallaban las casas, un puente sobre uno de los afluentes del Guadajoz, canteras, columnas, fragmentos de cerámica, etc. También se han encontrado aquí a veces antigüedades de la época del sitio: balas de plomo para honda. Algunas con el nombre de Gneo Pompeyo se han encontrado en abundancia en Osuna, la antigua Urso. Desgraciadamente no pudimos ver ninguna de las encontradas en Ategua, pues no fueron guardadas.

Después del fracaso del golpe de mano sobre Córdoba, César se dedicó a recorrer con su caballería las fortalezas de la comarca, para ver de obligar a sus enemigos a aceptar el combate. Esto lo consiguió. Mientras Sexto Pompeyo permanecía en Córdoba, Gneo persiguió a César y se dejó dictar por éste las reglas de la lucha. Esta división de las fuerzas enemigas constituía ya un gran éxito. Ante todo César sitió la importante plaza de ategua. Para estorbarlo Gneo ocupó un monte a la otra orilla meridional del Guadajoz, que se hallaba entre Ategua y Ucubis y que distaba de la ciudad sitiada 2 millas (3 kilómetros). Por su parte, César, para mantener en jaque a Pompeyo, destacó una parte de sus tropas a una colina al sur del río, en frente de su campamento principal y distante 4 millas (6 km.) del de su contrario. La colina se llamaba «Castrum Postumiana» de un campamento anterior. El de César se hallaba de seguro en el «Cerro del Agua», pues desde él podía observar el camino de Córdoba y las eventuales tentativas de refuerzo de Pompeyo, así como dominaba el valle del río y mantenía contacto con su destacamento de enfrente. Rastros del campamento de César no existen ya, ni siquiera tiestos: la reja lo ha destruido todo.

Al día siguiente nos encontramos en el camino de Ategua, esta vez a pié. Nuestro primer objetivo fué el cerro Ventosilla, a 3 kilómetros de Ategua y que, viéndose desde él Ategua y Ucubis, corresponde a las indicaciones acerca del campamento de Pompeyo. Una espaciosa meseta ofrecía lugar suficiente para un gran campamento: tampoco aquí puede observarse rastro ninguno, ni construcciones ni fragmentos de cerámica. Nos dirigimos luego hacia el O. al cerro Harinilla, que, distante 6 kilómetros de Ventosilla y situado enfrente del Cerro del Agua corresponde al campamento de César; «castrum Postumiana.» Leemos que Pompeyo hizo una intentona nocturna contra los «castrum Postumiana», pero fué rechazado. Podía, cubierto por las colinas situadas entre ambos campamentos, aproximarse sin ser apercibido: el camino puede reconstruirse sobre el terreno. Forzar el sitio no lo intentó Gneo, lo que es típico de su carácter irresoluto, abandonando el campamento de Ventosilla después del fracaso del ataque al de César.

Atravesamos luego por segunda vez el Guadajoz, ahora a caballo, pues el agua tenía un metro de profundidad. De la antigua Ategua no vimos entonces gran cosa. Pudimos observar, sin embargo, canteras antiguas, de las

que debió salir la piedra para la construcción de la ciudad. Cuando ya casi habíamos terminado se desencadenó un temporal de agua, que nos caló completamente y que puso los caminos intransitables. Para el camino de Ategua a Ucubis, que se suele hacer en hora y media, necesitamos cuatro. Por cada paso adelante que dábamos rasbalábamos medio hacia atrás y a menudo quedábamos detenidos o nos veíamos obligados a pararnos para limpiar el barro de nuestras botas que nos impedía andar. Fué una marcha espantosa. A lo lejos aparecía Espejo; pero hasta que pudimos alcanzarlo debimos subir tres colinas y descender dos hondas depresiones del terreno, todo ello sumamente penoso. Labradores que encontramos con sus caballos nos los ofrecieron, pero renunciamos a ellos. Todo por fin tiene su término y también esta marcha; pero nuestros vestidos estaban impregnados por completo de agua y lodo.

Después de la caída de Ategua, el 19 de Febrero, César obligó a Pompeyo a maniobrar, siempre Guadajoz arriba, hasta que consiguió llevarlo a la llanura de Munda, que era apropiada para la batalla. El informe acerca de los acontecimientos entre la caída de Ategua y la batalla de Munda, es poco claro, pero permite suponer el comienzo de la batalla más abajo de Montilla. Los demás lugares nombrados en el «Bellum Hispaniense» no es posible identificarlos, acaso con la excepción de Soricaria, que parece corresponder al actual pueblo de Castro del Río. Gracias a los amables cuidados del señor Alcalde de Montilla pudimos ir a Castro de Río en coche, acompañándonos nuevamente el Maestro. En Castro no encontramos ningún resto antiguo; en cambio en el camino de regreso nos enseñaron una media docena de «villares», aldeas y granjas romanas, por los que se comprende que la periferia de la llanura de Munda estuvo entonces densamente poblada. En uno de los emplazamientos de ruinas se ve todavía un resto del muro de la población. Un zagal nos llevó una plaquita de tierra cocida con una inscripción romana y recibió por ella un real; cuando ya estábamos algo lejos corrió tras de nosotros con una segunda inscripción: el real había producido su efecto. También pasaba nuestro camino por el lugar del hallazgo del tesoro de monedas a que antes hemos hecho referencia. Lo visitamos y el mismo que lo encontró nos dió detalles de su aparición: al cavar junto a un olivo dió con un cacharro antiguo, que rompió, saliendo de él las 700 monedas. El lugar se halla junto a un camino antiguo.

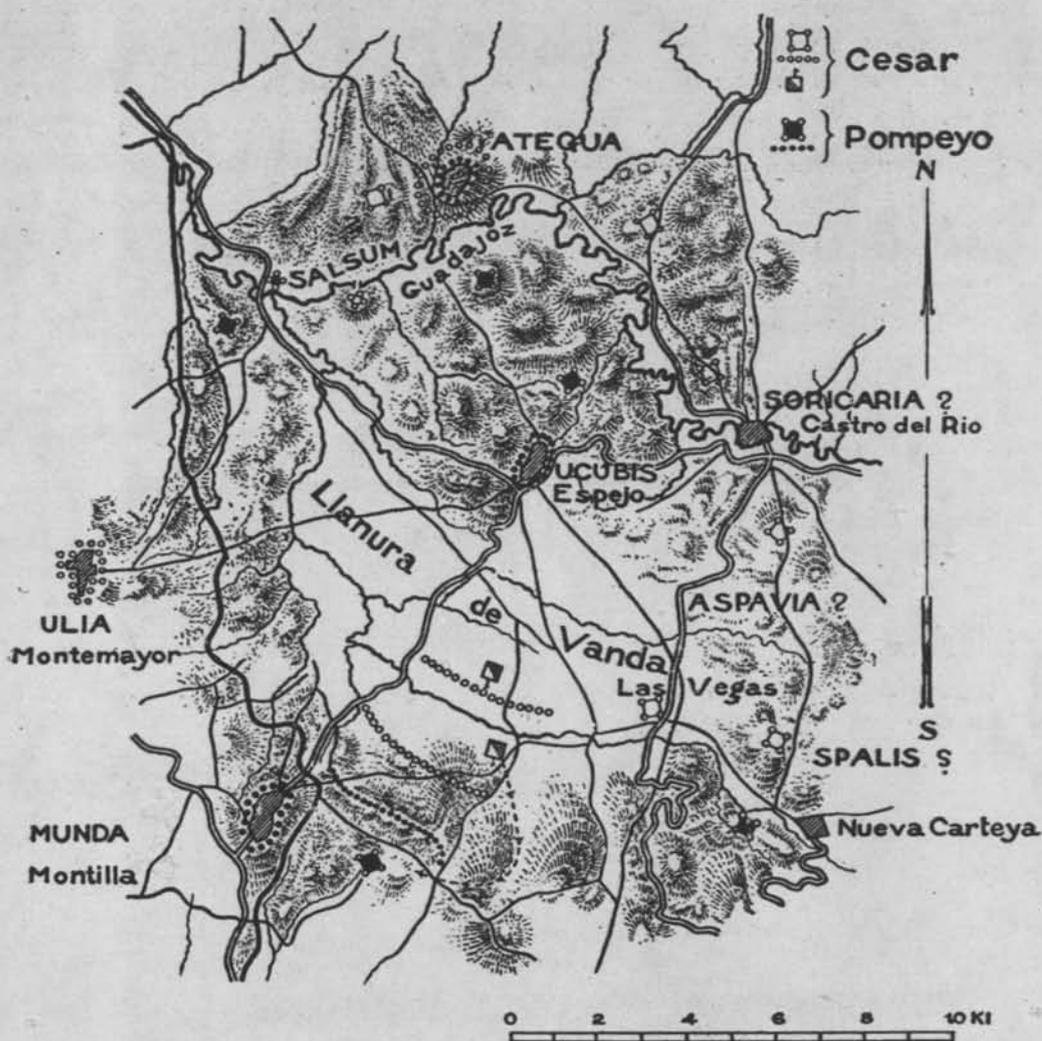
Así cada día se hacía una excursión distinta, dedicándose el último al campo de batalla. Hasta allí nos acompañaron el Alcalde, el Secretario del Ayuntamiento, el Maestro y dos individuos del puesto de la Guardia Civil de Espejo. El día espléndido, piar de alondras, canto de ruiseñores, sol de oro, cielo azul, paisaje verde, aire embalsamado por el perfume de las flores.

Fuimos en coche a un cortijo situado en el borde de la llanura de Vanda.

el «campus Mundensis». Allí se quedaron una parte de los expedicionarios y el coche, acompañándonos el Alcalde hasta el final. Queríamos investigar los restos antiguos del borde de la llanura. El General Lammerer llegó hasta Montilla para estudiar las posiciones de César antes del combate. Yo seguí por la ribera del río Carchena, mencionado por el «Bellum Hispaniense» cuando describe la marcha de César hacia la batalla. César vadeó entonces el río yendo al encuentro del enemigo situado en el borde de las alturas de Montilla. En todos los cortijos se encuentran restos antiguos. Cerca de uno de ellos aparecieron dos leones de piedra ibéricos, monumentos preciosos del arte indígena, ahora en el Museo de Córdoba; en otro cortijo se ven bóvedas romanas de mampostería. Así pasamos la mañana, volviendo al cortijo para el almuerzo, regresando a la caída del sol unos en el coche, otros a caballo. Por la noche tuve que dar una conferencia en Espejo sobre la batalla de Munda; raras veces he tenido un auditorio tan atento como aquel formado en su mayoría por labradores.

Así terminamos nuestra tarea en Espejo. El último día sirvió para un paseo por la ciudad, que conserva multitud de restos antiguos. Abajo hay un pequeño anfiteatro, hasta ahora desconocido, arriba bóvedas, etc. Luego subimos al castillo y a su torre, desde donde se ve todo el teatro de los acontecimientos de la primavera del 45 a. de J. C.: al norte Ategua, al oeste Ulia, al sur Munda, todas en alturas lo mismo que Ucubis. El propio autor del «Bellum Hispaniense» nota la situación elevada de las ciudades ibéricas. El administrador del castillo nos mostró balas romanas de plomo, pero no proceden de la localidad.

Al día siguiente nuestros amigos de Espejo nos tributaron una despedida cordial, llegando luego a Montilla. La población está en una ancha plantafirma. No conserva ningún resto antiguo; pero no cabe duda acerca de su identidad con Munda, puesto que la llanura de Vanda, más abajo de Montilla, se corresponde perfectamente con el «campus Mundensis», y que la descripción del campo de batalla se adapta con exactitud a Montilla. El mismo nombre de Montilla parece proceder de «Munda», con asimilación por etimología popular a «monte». En casa del Sr. Conde de la Cortina, el feliz propietario de las mejores viñas de la comarca, vimos cuatro placas de bronce con inscripción romana, que tanto por la forma de las letras como por su contenido resultan una falsificación; una de ellas nombra a Ategua y a Gneo Pompeyo, la otra a Ulia, la tercera a L. Junio Paciaecus (el Vibio Paciaecus del «Bellum Hispaniense»). Tales falsificaciones debidas al patriotismo local han sido frecuentes en España, menos en tiempos recientes que en los siglos XVI y XVII, en los principios del estudio de las antigüedades patrias: así existen burdas falsificaciones de los alrededores de Numancia que señalan los distintos campamentos de Escipión. Este género de falsificaciones ha florecido sobre todo en Italia.



Fuimos luego a estudiar el campo de batalla, que se abarca perfectamente desde el borde N. de la meseta. Encontramos a unos 2 o 3 km. al N. de Montilla un acantilado de 4 km. de largo, que se corresponde del todo con la posición de Pompeyo según el «Bellum Hispaniense». Se halla a 150 m. de altura sobre la llanura y desciende en una curva de unos 700 m. de largo y de unos 19 grados. De este modo servía para la indispensable protección, necesaria a la táctica completamente defensiva de Pompeyo y permitía una vista de conjunto sobre el futuro campo de batalla. El último campamento de César sobre el Cerro de la Vega dista unos 7 km., pudiendo por lo tanto Pompeyo seguir todos los movimientos del enemigo desde que abandonase su campamento, estando protegido a su espalda por su campamento, situado a unos dos km. a retaguardia de la parte central del frente y por la fortaleza de Munda... Verdaderamente una posición propia de los principios estratégicos de Pompeyo.

El ejército de Pompeyo contaba con unos 50.000 hombres, pudiendo por

lo tanto con poco fondo ocupar el borde de la altura de unos 4 km. de largo. El ala izquierda carecía de protección natural, pero en cambio podía apoyarse en Munda; el ala derecha estaba asegurada por varios desfiladeros que cortaban la meseta y por el campamento. Si César era bastante temerario para atacar esta posición debía verse obligado a escalar la pendiente cuesta arriba y estar seguro de que Pompeyo se precipitaría en un contraataque aniquilador de arriba hacia abajo.

César, de todos modos, había conseguido por fin su objetivo estratégico de obligar al enemigo a tomar posición para la batalla; pero las circunstancias eran más favorables para Pompeyo que para él. A pesar de todo, César hizo salir su ejército del campamento y lo situó en la orilla norte del riachuelo Carchena en orden de batalla. Era el 17 de Marzo, un día espléndido y soleado de primavera, como nota especialmente nuestro informe. El arroyo, lleno de agua y a trechos pantanoso en esta estación, constituía un obstáculo nada despreciable, pero fué salvado sin dificultad. Ambos frentes distaban ahora 6 km. el uno del otro. César había esperado que Pompeyo saldría a su encuentro y que aceptaría la lucha en la llanura; pero Pompeyo permaneció en su resguardada altura y no quería alejarse de Munda. Así César se vió obligado a avanzar más, hasta el pié de dicha altura. Allí se detuvo para volver a ordenar sus unidades relajadas por la marcha. Este alto lo interpretó Pompeyo como señal de miedo, cobró ánimo y salió al encuentro de César descendiendo por la cuesta. Así se trabó el combate al pié de la altura, encendiéndose pronto en toda la línea de cerca de cuatro km. El santo y seña de César era «Venus» (la madre del linaje Julio), mientras que el de Pompeyo era «pietas» (la piedad para el padre y su mandato: la venganza). La batalla fué una lucha frontal, pero como de ordinario con el ala derecha favorecida en ambos lados por la calidad de las tropas y por el mando. En el ala derecha de César se hallaba la décima legión, curtida en cien batallas, la guardia de César y el mismo César; en el ala derecha de Pompeyo, Labieno: un día el mejor oficial del César y ahora el brazo derecho de Pompeyo. El odio y el ansia del combate eran iguales en ambas partes: se trataba de una guerra civil, de una guerra de hermanos, la más encarnizada de las guerras, y todos sabían perfectamente que aquel día serían decididas no sólo la campaña, sino la guerra civil que duraba desde hacía 16 años (desde 60 a. de J. C.) y la misma suerte de Roma. En número y calidad eran ambos ejércitos casi equivalentes, en ambos lados combatían veteranos expertos y enfrente de César se encontraba el mejor oficial de César, Labieno.

Pronto obtuvieron positivas ventajas los pompeyanos, que avanzaban desde lo alto y que aun en caso de que fueran empujados hacia arriba eran favorecidos por la naturaleza del terreno. Es fácil de imaginar cuan fatigosa y desmoralizadora debía ser para los cesaríanos la lucha cuesta arriba.

Combatían valientemente como siempre, pero aquí parecía imposible la victoria. Por fin llegó a flaquear incluso la décima legión y retrocedió. Este fué el momento más crítico de la batalla. César saltó de su caballo rápidamente, tomó la espada y el escudo y se precipitó contra el enemigo. Hasta parece que gritó a su gente «si le querían dejar caer a manos de los estultos jovenzuelos (los hijos de Pompeyo)». El ejemplo del general produjo su efecto, lo mismo que un día en el combate contra los Nervios. Las tropas emprendieron de nuevo la lucha. Pero la decisión vino de otra parte, del ala izquierda. En calidad de jefe de la caballería nómada, el Príncipe Bogud estaba de reserva a retaguardia del ala izquierda. Haciéndose cargo de la gravedad del momento, espontáneamente tomó una audaz resolución que vino a resolverlo todo. Cubierto por un desfiladero, que ofrecía una subida a la meseta y que se hallaba al este del ala derecha de los pompeyanos, pudo llegar sin que lo notasen hasta la retaguardia del enemigo. Esto produjo un gran pánico. Labieno hizo lo que era del caso, constituyendo con cinco cohortes un ángulo defensivo. Pero esta maniobra fué tomada por las tropas que combatían como una señal de debilidad, comenzando todo el frente a flaquear, mientras que los cesarianos, animados por el ataque de Bogud, estrechaban al enemigo. Pronto se decidió la lucha en favor de César. A la desbandada huyó el ejército derrotado a encerrarse en Munda, que fué cercada inmediatamente.

Las bajas de Pompeyo, según el «Bellum Hispaniense», fue ron 30.000, las de César 1.000. Ambas cifras son seguramente exageradas, la primera por lo alta, la segunda por lo baja: era entonces y continúa siendo el estilo de los partes oficiales. Entre los muertos estaba Labieno. Debió buscar él mismo la muerte, ya que para él no había cuartel, y hasta pudo contribuir a desmoralizarlo del desgraciado efecto de su maniobra, que, en lugar de salvar la situación, lo perdió todo.

César debió su victoria a Bogud. Igualmente, en el año 58, un oficial, el joven Craso, salvó la batalla contra Ariovisto.

Así terminó la guerra. El resto, la toma de Munda, Córdoba y las demás ciudades que todavía ofrecían resistencia, la muerte de Gn. Pompeyo, la huída de Sexto, carecen de interés ante el punto culminante del drama, la batalla de Munda. César tuvo ciertamente razón en afirmar, después de la batalla, que había combatido muchas veces por la victoria, pero que esta vez lo había hecho por la vida. En efecto, si hubiese perdido la batalla no le quedaba más recurso que la muerte.

Largo tiempo permanecimos arriba, en lo alto de la meseta de Montilla, contemplando calladamente la silenciosa llanura. Allá, detrás, en la achata-da loma estuvo el campamento de César antes de la batalla, delante de ella

brillaba el Carchena que atravesó, a nuestros piés se adivinaba el sangriento combate, a la derecha, a través del desfiladero del molino, alcanzó Bogud la espalda del enemigo. He contemplado algunos campos de batalla de la Antigüedad: ninguno cautiva el espíritu como el de Munda. Pues el hombre que forzó la victoria a la mutable Fortuna es uno de los mas grandes entre los generales y los estadistas y Munda era su última esperanza. El 17 de Marzo del 45 le aseguró el dominio del Orbis terrarum. El 15 de Marzo de 44 cayó bajo el puñal de ciegos fanáticos. Munda enseña a comprender lo inhumano, lo costoso y lo corto de la dicha de toda grandeza y son precisamente los grandes de la tierra los que mas lo experimentan. (1)

ADOLFO SCHULTEN.

Traducción de P. Bosch Gimpera.



---

(1) Un estudio detallado de la campaña, con mapa del General Lammerer, aparecerá en la nueva edición del «Bellum Hispaniense» del Prof. A. Klotz de Erlangen (IV fascículo de las «Fontes Hispaniae antiquae» publicadas por el Prof. Bosch Gimpera y por mí). Un estudio corto mío se ha publicado en el «Schlachtenatlas» de Kromayer y Veith (Leipzig, Wagner y Debes). Existe un análisis de las fuentes para el estudio de la batalla, debido a Klotz (Neue Jahrbücher für das klassische Altertum, 1909). El mapa que acompaña es debido al General Lammerer.